

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

EL INVERNADERO DE LA TÍA ELCIRA



Fernando Olavarría Gabler

27



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

EL INVERNADERO DE LA TÍA ELCIRA

Fernando Olavarría Gabler

EL INVERNADERO DE LA TÍA ELCIRA

La tía Elcira era hermana de la mamá de Andrés. Bella mujer, alta y gris a consecuencia del pasar de los años y su viudez.

La vieja casa donde siempre había vivido y disfrutado con su marido, al igual que su dueña, resistía el embate del tiempo y llegaba así al final de los años, como una casa con algunos vidrios trizados y sin reparar, y de otra parte, la tía Elcira, con la dentadura casi ausente, también sin reparar por falta de dinero para ello. Pero Elcira era hermosa, grácil, con una cenicienta y abundante cabellera. Su mirada era algo pícara pero con ingenua transparencia y su sonrisa, a veces inconscientemente cubierta por una mano para no mostrar la escasez de la dentadura, estaba plena de bondad.

A Andrés le agradaba pasar largo tiempo en el abandonado y salvaje jardín de tía Elcira. En medio de éste, emergiendo como un antiguo templo en ruinas, reposaba un largo invernadero de techumbre muy baja. Sus sucios cristales se defendían de la mirada de los curiosos al impedir ver hacia el interior. La portezuela, ubicada en uno de los extremos de esta larga construcción, permanecía siempre herméticamente cerrada mediante un candado.

Ese día, tía Elcira había ido a visitar a unas amigas, y Andrés, que había ido a estudiar sus exámenes de final de año, buscando la tranquilidad y el silencio de la quinta de su tía, constató con sorpresa que la portezuela del viejo invernáculo que había construido su tío, estaba sin el candado.

Atardecía. Un hermoso crepúsculo tiñó de rojo los polvorientos cristales del abandonado invernadero, y la añosa casa, resplandeciente por los rayos del sol, invitaba a Andrés para que entrara a la misteriosa galería de cristal.

Sin poder contenerse, Andrés abrió la puertezuela no sin dificultad. Las herrumbrosas bisagras del marco de hierro gimieron ante tan inusual apertura, y el muchacho, sin titubear, ya estaba adentro observando lo que había en el interior.

Descubrió unas rarísimas plantas con hojas parecidas a las de los zapallos pero eran de suaves colores violetas y amarillos, con un verde poco definido.

En el centro había unas parras que se perdían de vista en un final borroso que el muchacho no podía precisar.

Avanzó por entre las hileras de viejos y retorcidos troncos de vid para cerciorarse hasta dónde llegaba la plantación. A medida que caminaba, la opaca techumbre cubierta de polvo iba cambiando de color. Se veía ahora rosada por los rayos del sol del atardecer, pero también se hacía cada vez más baja lo que obligaba a Andrés a avanzar muy agachado y con bastante incomodidad. Llegó un momento en que no pudo seguir caminando y continuó gateando trabajosamente. Las ramas de las viejas parras eran cada vez más fuertes y tupidas y parecía que trataban de impedir su avance. El muchacho, bastante agotado, se sentó en el suelo para descansar. En

EL INVERNADERO DE LA TÍA ELCIRA



esos momentos los últimos rayos del crepúsculo desaparecieron en el cielo y las sombras de un silencioso anochecer se hicieron presentes. Los opacos vidrios del techo de cristal dejaron de brillar y quedaron sin vida, mudos, expresando tácitamente un ambiente de sórdida opresión.

Andrés quedó perplejo. ¿Qué estaba haciendo allí? Sentado dentro del invernadero de la casa de tía Elcira al cual no se le veía el fin a pesar de su prolongado caminar. Al fondo divisó una tenue luminosidad. Estoy llegando al otro extremo -pensó. Seguiré gateando hacia esa luz y después regresaré. Mis estudios se han interrumpido con esta fatigosa y tonta caminata. ¿Se puede decir caminata? No. Más bien diría por este absurdo ganeo. ¿Qué va a decir tía Elcira al constatar que he entrado sin su permiso? Quizás no se dé cuenta y cuando regrese a casa cerrará la puerta del invernadero con el candado y yo quedaré aquí adentro, a oscuras, condenado a pasar la noche en este ambiente que me está causando bastante molestia al no poder estar de pie.

Todos esos pensamientos pasaban por la mente de Andrés mientras hacía lo posible por dar media vuelta y regresar, pero en el trayecto de regreso reinaba la oscuridad total y ahora frente a él la luminosidad se había transformado en un fulgor claro y alegre. Curiosamente, en ese momento pudo comprobar que podía ponerse de pie, y reconfortado caminó hacia la luz.

EL INVERNADERO DE LA TÍA ELCIRA

Lo que vio lo llenó de estupor: Sentado sobre un tronco estaba un hombre vestido con holgados ropajes. Su larga cabellera y también su barba se confundían con sus vestiduras. Al parecer meditaba con los ojos fijos y abiertos, sin pestañear. Su rostro descansaba en la mano de su brazo derecho cuyo codo se apoyaba en el muslo de la pierna del mismo lado que estaba flexionada.

Andrés dirigió la vista hacia donde el hombre contemplaba algo y vio que ese algo era luminoso y de límites poco definidos. ¿Sería aquello lo que lo había hecho llegar hasta allí?

Al sentir Andrés que el hombre no se daba por enterado de su presencia, se atrevió a saludarlo y le preguntó cuál era el origen de ese brillo. Pero el hombre permaneció inmóvil, rígido como una estatua. De improviso el fulgor se fue atenuando lentamente hasta desaparecer y en ese preciso instante el hombre pareció revivir. Dejó de estar en una actitud contemplativa y dirigiendo la mirada hacia Andrés, le sonrió.

-La luz que has visto y te ha guiado hasta este lugar, es mi alma- respondió.

-Has de saber que soy el único ser humano que puedo contemplar mi alma a voluntad.

Después de muchos años de esfuerzo, de continua práctica y meditación, lo he logrado.

-¿Y qué beneficios ha ganado con tantos años de esfuerzo?

preguntó Andrés, bastante admirado de lo que estaba escuchando.

-Poder contemplar tu alma es maravilloso- comentó el misterioso personaje. Pues, día a día, hora a hora, minuto a minuto cuidas de ella para que no se manche. Como consecuencia de ello puedes gozar de un estado de pureza infinita. Es un esfuerzo constante que te permite estar alerta todo el tiempo sin caducar ni ceder un ápice a la oscuridad, a las tinieblas. Te contaré: En una ocasión me fue muy difícil, más bien casi imposible mantener mi alma completamente limpia, resplandeciente de pureza.

Un día llegó una mosca y se posó sobre mi alma de una blancura esplendorosa. Quise espantarla pero no voló. Permaneció allí estática sin moverse, sin volar nuevamente. Entonces, enojado, le di un manotazo para aplastarla, pero esto, en vez de espantarla, la afianzó más aún y se agrandó. Me di cuenta entonces de que mi enojo la había fortalecido. Medité y recurrí a otros medios más prácticos y científicos: Un matamoscas, un insecticida etc... Todo inútil, la irritante mosca permanecía allí y me hacía desesperar. Entonces medité, medité largamente con la mosca engastada en mi alma. ¿Cómo desalojarla? ¿Cuál era la causa de que estuviera incrustada allí y me martirizara su presencia?

Rebuscando hacia atrás en la memoria de mis actos pasados, descubrí que en la fecha aproximada en que había aparecido el molesto y negro insecto, yo había peleado con mi vecino.

EL INVERNADERO DE LA TÍA ELCIRA

Discutimos a través del muro divisorio de nuestras casas, respecto a quién pertenecía un fruto de un naranjo que había sobrepasado los límites del borde de la muralla. El diálogo en pocos instantes se trastocó en una airada polémica y luego aparecieron los insultos y las injurias.

Todo por una naranja.

Una chispa puede hacer volar por los aires a un polvorín. Todo quedó en nada. El naranjo se secó y no dio más frutos y mi vecino se mudó de barrio y no supe más de él. Entonces, una noche, me di cuenta de que había dado con la solución. Tenía que ponerme bien con el vecino y así la mosca desaparecería de mi alma. Pero ¿dónde estaba el vecino? Esa pregunta no la pude responder hasta después de veinte años. Ha sido el ser humano más difícil de encontrar. Le seguí el rastro por varios países y continentes hasta que di con él y le pedí perdón. Mi vecino quedó muy sorprendido. Ya no se acordaba de lo sucedido en aquella época e incluso le costó reconocerme. Pero yo estaba feliz, la mosca había volado y decidí regresar a mi hogar, pero mi casa había desaparecido. Al no tener noticias de mi persona, el terreno había sido expropiado y en ese lugar habían edificado una extensa población. Entonces decidí irme a vivir a este invernáculo que era el hobby de tu tío.

-Mi tía Elcira -balbuceó Andrés - ¿tiene conocimiento de todo esto?

-Nada sabe- replicó el hombre. No sabe que existo ni que su invernadero es mágico, como lo has podido constatar.

-Regresa. Tu tía está por llegar a casa y no le agradaría encontrarte aquí adentro; le tiene un gran cariño a este recinto de cristal porque le trae recuerdos de su esposo, y es por eso que lo mantiene cerrado para que nadie lo visite.

-¿Y cómo ha llegado hasta aquí? Preguntó Andrés.

-Un hombre que puede contemplar su alma fuera de su cuerpo es capaz de una infinidad de otras cosas que tú no puedes comprender.

-Entiendo- respondió Andrés. He tenido el privilegio de conocerlo y de conversar con usted. Adiós.

Andrés cerró la puerta y le puso el candado. La tía Elcira venía llegando en esos momentos.

-¿Cómo está mi sobrino regalón?- saludó con cariño.

-Te tengo una sorpresa. Guardé unas galletas en la cartera después de tomar el té con mis amigas. Me acordé de ti y te las traje de regalo porque son las que te gustan.

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura



 creative commons



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.